

Martín Lutero, la Reforma Protestante y nosotros hoy

Mario Yutzis

(Argentina)

Resumen

En este artículo Mario Yutzis reflexiona, en el marco de los 500 años de la Reforma de Lutero, sobre las implicaciones filosóficas y teológicas de la interpretación luterana de la “fe en Cristo”. Emplea los conceptos de “mundo de la vida”, “desreconocimiento del otro” y “humanidad de Dios” para comprender la “crisis de humanidad” que caracteriza al mundo contemporáneo.

Palabras clave: Lutero. Humanidad. Fe. Cristo.

Abstract

In this article Mario Yutzis thinks over theological and philosophical implications of the Lutheran interpretation of the “faith in Christ” —in the context of 500 years of the Reformation. He uses concepts like “life world”, “unrecognition of the other” and “humanity of God” to understand the “crisis of humanity” that characterizes the contemporary world.

Key Words: Luther. Humanity. Faith. Christ.

La religión ha pensado en un Dios todopoderoso y un ser Humano débil : en cambio el Evangelio nos habla de la posibilidad de que el ser humano sea, y sea fuerte dentro de esa debilidad de Dios. Solo un Dios débil puede ayudarnos: El Dios de Jesucristo.

—Dietrich Bonhoeffer

La Comunidad Cristiana no tiene otra cosa para ofrecer a los otros seres humanos, más que la afirmación de un Dios que se vacía totalmente de sí mismo como Don para la humanidad y ese Don posibilita la emergencia de un nuevo Ser Humano, que abre el espacio de la esperanza para que cada uno se ocupe de todos los demás.

—Paul Ricoeur

1) Introductorio

La memoria histórica es importante. Pero no es fácil y su hermenéutica estará siempre sujeta al conflicto que suele existir entre las distintas miradas. Sin embargo, prudentemente, nos atrevemos a señalar que en los tiempos de la reforma, cada esfera de la sociedad europea dominada por la iglesia de Roma, caminaba sobre un terreno rocalloso a través de un gran desbarajuste general.

Precisamente ese mundo de Lutero permite ser interpretado como un periodo explosivo que sacudirá fuertemente a la Iglesia de Roma por causa de sus errores inherentes extendiéndose a la Europa política, económica, social y cultural y por lo tanto, dicha reforma no puede ser explicada solamente como un movimiento religioso.

De todas maneras, en el vasto escenario histórico de la tradición de la Fe Cristiana, la reforma Luterana ha constituido un nuevo y fundamental espacio de comprensión de dicha tradición y un desafío saludable para sí misma y para el mundo de la vida. El suyo y el de las generaciones posteriores hasta nuestros días.

En este sentido y antes de entrar en materia, digamos cuan sorprendente resulta descubrir al seguir los trazos de la modernidad, un número importante de filósofos que intentaron responder varios siglos más tarde, la misma cuestión que se planteaba Lutero. La mayoría había sido en su origen Luterano o tuvo algún contacto con el Luteranismo. Engels tuvo una infancia con instrucción pietista lo mismo que Nietzsche. Este último hasta ambicionó escribir un quinto evangelio. Heidegger rompió con el catolicismo y a los 35 años se casó con una mujer protestante al mismo tiempo que entabló una buena amistad con Rudolf Bultmann y más tarde consagró un tiempo al estudio del pensamiento de San Pablo. Kant pasó largas horas orando de rodillas en el frío edificio del Liceo Luterano de Königsberg. Para Hegel la Fe poseía vital importancia. La lista de pensadores podría aumentarse considerablemente. Todos ellos a veces con profundo desacuerdo con el protestantismo intentaron, a su manera, responder al desafío lanzado por Lutero: cómo liberarse de la ley. Como asumirla para trascenderla y darle su verdadera significación a fin de que el ser humano llegue a ser definitivamente él mismo a partir de la fe.

En ocasión de la celebración de los 500 años de la Reforma Protestante, este breve ensayo tiene la modesta intención de rescatar para nuestro tiempo alguno de las infinitas y profundas reservas de sentido que la constituyen y su impacto actual en las iglesias de la reforma y concomitantemente otras expresiones religiosas de occidente como asimismo en la sociedad en su conjunto.

II) Excurso meditativo sobre el mundo de la vida

Por mundo de la vida entendemos el contexto en que los seres humanos existen y obran junto con otros de tal manera, que el sentido de ese mundo es el resultado de la permanente construcción y deconstrucción de valores gracias al interjuego de la pluralidad de conciencias individuales y colectivas del pasado y del presente históricos, con todas las consecuencias e interpretaciones que de este accionar se deriva.

Ese mundo que define espacios particulares asignados, es también un mundo para nosotros del que resulta imposible separarnos de la aprehensión que nos produce y de la envoltura en que nos instala y que a su vez, como mundo de la vida, coloca nuestros impulsos personales en perspectiva como también a la realidad social y las diferentes tradiciones con sus propios presupuestos.

De esta manera el estatuto particular del mundo de la vida, designa un antepredicativo, un “*ya-antes-dado*”, como una presuposición que envuelve al sujeto en un horizonte de sentido y lo convoca a su reconstrucción. . El mundo de la vida expresa muy bien dicha tensión, porque es a la vez el suelo donde se habita, y el marco de referencia a interpretar y obrar. En términos de Ricoeur diríamos: es indisolublemente un mundo percibido y un mundo interpretado.

Esto significa, entre otras cosas, que cada ser humano nace en un mundo ya hecho. Organizado con anterioridad sobre la base de pautas, valores, normas, referencias, todas ellas imaginadas, pensadas, experimentadas. Como seres humanos nos encontramos en un universo ya construido. Pleno de percepciones, de ideas y de objetos culturales que se constituyen en los mediadores de nuestra propia presencia en el mundo de la vida como sujetos existenciales que somos y proveen los insumos de nuestra memoria.

El territorio de nuestra vida se nutre y se consolida, de la manera que fuere, en base al horizonte de significados que nos rodea y constituye gracias al lenguaje (mundo) que nos precede y que reinventamos en el mismo acto de recordar y olvidar y también cuando intentamos reconstruir el presente.

El mundo de la vida en común no es una ilusión. En realidad se trata de la realidad del mundo vivido por cada conciencia individual en un marco colectivo y cuyo examen nos coloca precisamente frente al problema de la “donación de sentido. “ Finalmente, si varias conciencias llegan al punto de compartir un mundo parta de donde parta la iniciativa, esto no significa necesariamente que todo esté fijado para siempre. Nos parece, en realidad, que la relación de pertenencia a un mundo, a una sociedad, a un sistema de valores, a un medio ambiente humano, nunca está obturada. Muy por lo contrario ya que el germen de lo posible existe en el seno de lo real y por ello, lo que heredamos posee las condiciones de un espacio a descubrir, a recorrer, a comprender y a reconocerlo como un reflejo del sentido que nos habita y habitamos y por lo tanto como un espejo de nosotros mismos.

Estos enunciados tienen básicamente, la intención de poner en evidencia de manera sucinta y explicativa dos de las cuestiones centrales de accionar humano en general que son:1): el estar en un mundo cuyos universos de sentido son múltiples y cambiantes y 2): como hacemos para otear el horizonte y estar atentos para descifrar en el presente sin olvidar el pasado ni tampoco observar pasivamente el mundo. En realidad se trata de ejercitar la libertad y el lenguaje

mundo que poseemos como herramientas fundamentales para recordar y fortalecer positivamente nuestra pertenencia primordial a una realidad que nos precede y recibe la impronta de nuestras obras.

Esta perspectiva pretende reconfigurar el concepto de tradición, gracias a un ejercicio de memoria como si sondeáramos un texto que sabemos revela siempre algo inédito gracias al esfuerzo de leerlo con una nueva mirada. Es en este sentido que el pensador francés André Dumas caracterizó el concepto ricoeuriano de esperanza “*como la memoria rehabilitada* “. Es decir, una memoria no se torna viva más que como recordación en acto dentro de los contenidos que abre la historia. De esta forma el ser humano puede poseer un horizonte de “*espera*”, de esperanza y así “*heredar el sentido*”. Es por ello que en un texto de Paul Ricoeur llamado “*presencia de las Iglesias en el mundo*” dicho autor invita a todos los cristianos-no solamente a los protestantes- a salir de las Iglesias y comprometerse con el mundo y aparecer como una comunidad que carga en su mochila existencial y espiritual la buena esperanza para todos los seres humanos.

Todo lo dicho en este excursus meditativo, nos parece significativamente aplicable al nacimiento y desarrollo de la reforma Luterana de la que nos ocuparemos a continuación.

III) El punto nodal de la propuesta de Lutero

Sören Kierkegaard supo decir alguna vez que *el Niño de Belén es decir el Jesús de la historia, era la eternidad envuelta pañales*. Esta preciosa y profunda metáfora aparece en mi horizonte imaginativo como una ensoñación luminosa poseedora de una triple dimensión simbólica y dinámica, cuya frecuencia y contenido me atrevo a describir de la siguiente manera: de repente algo fulgurante aparece, explota, moviliza el orden existente, sus imágenes llaman a interpretar su significado como una invitación a descifrarlo. Habitar su espacio de comprensión y tal vez, reconocerlo, honorarlo, exaltarlo como la cima del sentido.

La metáfora de Kierkegaard pone de manifiesto tiernamente la potestad absoluta de la humanidad vulnerable de Dios en el niño del pesebre de Belén, de la misma manera que Lutero expresa esa misma potencia en la vulnerabilidad del Dios crucificado en el Gólgota. Secuencialmente, en el Jesús histórico la sombra de la cruz ya está presente en el pesebre de Belén.

Acá está el componente fulgurante de la condición absoluta del hecho Crístico que se constituye como el evento nodal y el centro de sentido para Lutero y su reforma. “*En mi corazón no reina más que un solo artículo: es la fe en Cristo. Este es el punto de partida de toda mi meditación teológica. Si Cristo permanece en mí todo lo demás también permanece en mí y puede ser hallado*”. Toda la elaboración teológica de Lutero tiene como punto de partida y como presupuesto hermenéutico el hecho Cristológico.

Como muy bien lo señala el teólogo Luterano Guillermo Hansen, la realidad trascendental que se denomina Dios es entendida y descripta por el luteranismo como siendo conocido y revelado plenamente en la historia y destino de Jesús. Hansen utiliza una excelente metáfora al señalar que el luteranismo incorpora a su comprensión la negación de la brecha entre el creador y la criatura gracias a una curvatura —yo diría un giro— de Dios que elimina la brecha.

Teológicamente podemos afirmar una vez más que todo el universo se redime gracias al vaciamiento total de Dios en el Jesús de la historia. En su famosa explicación del Magnificat, Lutero no se cansa de enfatizar que Jesús nace de una pobre y humilde mujer a quien las bellas hijas de los poderes ni siquiera desearían usarla como empleada doméstica. Decía Lutero: *“no podemos traer a Cristo más cerca de la carne y más adentro de la naturaleza. Cristo se somete por misericordia y de manera total.*

Esta significativa expresión de fe de Lutero y la profunda concepción de la humanidad de Dios que de ellas se desprende, merece ser destacada. La lógica de la secuencia del pesebre y de la Cruz según Lutero interpreta a San Pablo, revela al Dios de Jesucristo en toda su debilidad pero no significa impotencia. Tampoco un poder brutal. Aunque hay un poder según Lutero que es el Dios de la promesa y el llamado revelado en los textos bíblicos. Según Lutero Dios llama incansablemente. Suscita liberadores como Moisés, Jueces como Gedeón, profetas como Samuel y Nathan. Llama a sus discípulos a caminar sobre la senda del amor y elige a los que no son siempre tan poderosos y bien nacidos.

En perspectiva soteriológica el llamado de Dios según Lutero, parte de una cristología cuya imagen peculiar pone de manifiesto el vaciamiento de Jesús en el camino de la Cruz. Despojamiento de Jesús que se inserta en la visión del Jesús histórico y sus identificaciones solidarias y activas con los pobres y oprimidos y abandonados. Con los crucificados de Hoy y de siempre.

Se trata de un Dios que llama a responder a las injusticias, reparar las heridas que los seres humanos producimos a todos los niveles y que entrelaza la promesa de vida con los dolores de la humanidad para darle una nueva profundidad a nuestro horizonte. Una nueva condición a los que sufren.

En ese sentido señalamos con intenso dolor que entre otros signos del mal, estamos en medio de un conflicto sin precedentes en el cual, los movimientos de población provocados por las crisis humanitarias, tienen implicaciones que afectan en mayor o menor grado a cuestiones tales como el control de la inmigración y los intereses nacionales, internacionales, los derechos humanos, los principios humanitarios y de desarrollo y los marcos para la protección internacional, incidiendo muy negativamente sobre vastos sectores de población.

La respuesta de la mayoría de los estados, ha sido la aplicación de políticas cada vez más restrictivas que se han implantado principalmente —pero no únicamente— en los países desarrollados. El establecimiento de muros y vallas físicas ha sido otra respuesta: los más conocidos en Ceuta y Melilla o entre EEUU y México, pero también en Marruecos en la zona del Sahara, en Nicosia, entre Israel y Transjordania, y otros más recientes en algunos países de Europa Central, en Grecia y en Turquía. Hay otros en preparación, en los Emiratos Árabes, en Saudí Arabia, entre India y Bangladesh, entre otros y que atañe a más de 9.000.000 de seres humanos ya no es solamente una crisis humanitaria, sino **“Una crisis de humanidad”**. El cuadro es tan agudo y lacerante, que ya no es cuestión solamente de proteger la situación de los desplazados, emigrados, expulsados, etc., sino lisa y llanamente de salvar su vida.

Estas brutales consecuencias del “desreconocimiento del otro” obligan a preguntarnos de qué lado estamos frente a un Dios que muestra su rostro de humanidad como un ser humano que los poderes de su época condenaron a la crucifixión. Un Dios que llama a responder a las injusticias, reparar las heridas

que se producen a todos los niveles y vincular la promesa de vida con los dolores de la humanidad y de esta forma recomponer y restaurar activamente los daños ocasionados.

Donde nos colocamos frente al grito desesperado pronunciado por Jesús en la Cruz que devela el precio que tuvo que pagar por su proyecto restitutivo de una humanidad deshumanizada y de una " *creación ausente de sí misma.*" Lutero, de toda evidencia, parte de esa tremenda desesperación *Tremendum factum* para instalar el significado de la Fe como riesgo y como disidencia con los poderes mezquinos de turno, las transacciones rentables y la indiferencia al amor de Dios.

No hay tal vez otra definición sobre Dios fuera de la incondicionalidad infinita de su vaciamiento infinito como amor sin límite hacia los seres humanos, como paradigma absoluto para honrar la vida y reconocer al otro, a los otros.

En este sentido, Dios no se presenta como el "Totalmente otro" desde una alteridad lejana, sino que se da a sí mismo mediante el signo de la alteridad subsumida en la carne (Lutero) ofreciéndose en la cotidianidad de los seres humanos sin exclusión de raza, color, linaje u origen nacional o étnico. Y no se trata de nociones meramente conceptuales, sino del fondo del corazón del mundo de la vida, que se corporiza y se devela en el movimiento de interpretar los signos que se alejan o acompañan el verdadero reconocimiento del otro.

IV) Conclusión

Esta brevísima presentación de la teología de la humanidad de Dios según Lutero y sus implicancias en la reforma posterior de la Iglesia, debe ser librada a los múltiples eslabones de la cadena de consideraciones y reconsideraciones del proceso de pensar y repensar el mundo de la vida que nos es dado, con la protección y el cuidado que merece.

Más fuerte que la tristeza de lo finito y del ejercicio del mal, es el consentimiento activo de la esperanza para todos como prueba de existencia. Como interpelación y punto de partida para nuestras convicciones y nuestro accionar, así como lo fue y lo expresó Lutero y su reforma.

La reforma tal como la conocemos hoy no se produjo en un abrir y cerrar de ojos. El mundo de la vida del siglo XV y el comienzo del XVI fue agitado, incierto, confuso, impaciente de una esperanza sólida en una vida mejor. El Evangelio predicado en el amor y la convicción, la gracia del Don *del Solo Cristo*, fue un importante detonador que de una u otra forma hizo estallar en su momento al orden establecido en los sectores de la sociedad europea y luego se expandió hacia otras latitudes hasta nuestros días. Su mensaje debe continuar y para ello también necesitamos reformar la Iglesia hoy.

Para lograr este objetivo será necesario entender, entre otras cosas, que nosotros no debemos transformarnos en la sola fuente de la palabra que nos guía. El primado del mundo y de su historia en relación a nuestra existencia moral y espiritual, indica que muchos de los valores que nos preceden guardan una gran reserva de sentido de la cual somos herederos y por lo tanto, nuestra libertad de

elegir no puede situarse fuera de esa rica herencia que en nuestro caso es la Reforma Protestante. Somos herederos de la teología de la Gracia de la Palabra y por carácter transitivo de la Palabra de Gracia.

© 2017 Mario Jorge Yutzis

El autor es Doctor en Filosofía por la Universidad de Estrasburgo. Hizo su tesis sobre el pensamiento de Miguel de Unamuno bajo la dirección de Roger Mehl. Ha sido docente en el Instituto Universitario ISEDET y actualmente es Profesor Emérito de dicha institución. Ex miembro y Presidente del Comité de Naciones Unidas Contra la Discriminación Racial. Actual Vicepresidente del Movimiento Internacional contra la Discriminación y el Racismo.

Email: myutzis@gmail.com

Fecha de recepción: 01-09-2017

Fecha de aprobación: 11-09-2017